

Esta es una pequeña muestra del libro
La devoción trinitaria de John Owen.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

La devoción trinitaria *de*

John Owen

Un gran legado de héroes de la fe

Editor de la serie, Steven J. Lawson

La heroica valentía de Martín Lutero

por Steven J. Lawson

El genio expositivo de Juan Calvino

por Steven J. Lawson

La inquebrantable resolución de Jonathan Edwards

por Steven J. Lawson

El fervor evangelístico de George Whitefield

por Steven J. Lawson

El enfoque en el evangelio de Charles Spurgeon

por Steven J. Lawson

La poderosa debilidad de John Knox

por Douglas Bond

La teología amorosa de Richard Sibbes

por Sinclair B. Ferguson

La osada misión de William Tyndale

por Steven J. Lawson

La asombrosa poesía de Isaac Watts

por Douglas Bond



UN GRAN LEGADO DE HÉROES DE LA FE

La devoción trinitaria *de*

John Owen

SINCLAIR B. FERGUSON



Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#DevociónTrinitariaDeOwen

La devoción trinitaria de John Owen

por Sinclair Ferguson

© 2022 por Poima Publicaciones

Traducido del libro *The Trinitarian Devotion of John Owen*

© Sinclair Ferguson 2014 y publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas
de *La Nueva Biblia de las Américas* (NBLA) ©2005 por The Lockman
Foundation.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de
este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de
la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por
cualquier otro medio es ilegal y castigado por la ley.

Poima Publicaciones

info@poima.co

www.poima.co

Categoría: Religión, Historia de la Iglesia, Historia de la Reforma

ISBN: 978-1-955182-46-1

Impreso en Colombia

SDG

221

A Alistair Begg

ὁ ἀγαπητὸς ἀδελφὸς
καὶ πιστὸς διάκονος
καὶ σύνδουλος ἐν κυρίῳ

Colosenses 4:7

Contenido

<i>Prólogo</i> , Seguidores dignos de ser seguidos	XI
<i>Prefacio</i> , El mayor privilegio del cristiano	XV
<i>Capítulo 1</i> , Pastor y teólogo	1
Los primeros años de vida, 2	
Nuevos comienzos, 5	
Entrada en el escenario nacional, 7	
Oxford y Cromwell — Otra vez, 9	
La restauración y la expulsión, 14	
Fiel hasta el final, 16	
<i>Capítulo 2</i> , En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo . .	21
Una verdad descuidada, 22	
Las respuestas de Owen, 25	
Sobre la Trinidad, 26	
El Dios vivo, 31	
<i>Capítulo 3</i> , Comunión con el Padre	33
La centralidad del amor, 33	
Haciendo distinciones, 35	
La enfermedad del alma y la medicina del evangelio, 37	
La recepción y el retorno del amor, 44	
<i>Capítulo 4</i> , Comunión con el Hijo	49
Gracia y justificación, 50	
Comunión con Cristo en la gracia personal, 54	
Comunión afectiva, 56	
Nuestro valor ante Sus ojos, 59	
La comunión con Cristo en la gracia adquirida, 62	

Cristo continúa siendo Sacerdote para siempre, 66	
Los privilegios de la comunión con Cristo, 68	
El gran intercambio, 72	
El hábito de la gracia, 73	
La adopción: nuestro mayor privilegio, 75	
<i>Capítulo 5, Comunión con el Espíritu Santo</i>	79
La persona olvidada, 80	
Cristo y el Espíritu, 82	
Cristo da Su Espíritu, 86	
Recibir el Espíritu, 87	
Comunión con el Espíritu Santo, 88	
Distinguir entre el Espíritu y la serpiente, 90	
Sellado con el Espíritu, 92	
Nuestras respuestas, 95	
 <i>Conclusión, Alaba al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo</i>	99
<i>Notas de texto</i>	103

Seguidores dignos de ser seguidos

A través de los siglos, Dios ha levantado una multitud de hombres piadosos a quienes Él ha usado poderosamente en momentos cruciales de la historia de la iglesia. Estos hombres valientes han provenido de todo tipo de ámbitos sociales, desde los salones lujosos de las escuelas de la élite mundial hasta los almacenes polvorientos de tiendas de comerciantes desconocidos. Han salido de todos los rincones del mundo, desde avenidas altamente visibles en ciudades densamente pobladas hasta pequeñas aldeas en lugares remotos. No obstante, a pesar de las diferencias citadas, estas figuras centrales, estos trofeos de la gracia de Dios, han tenido mucho en común.

Ciertamente, cada hombre poseía una fe inamovible en Dios y en el Señor Jesucristo; pero hay más que decir. Cada uno de ellos poseía convicciones profundas sobre las verdades que exaltan a Dios, conocidas como las doctrinas de la gracia. Aunque diferían en cuestiones teológicas secundarias, se mantuvieron unidos en la defensa de las doctrinas que magnifican la gracia soberana de Dios en Sus propósitos salvíficos en el mundo. Cada uno de ellos mantuvo en alto la verdad fundamental: “la salvación es del SEÑOR” (Sal 3:8; Jon 2:9).

¿Cómo fueron afectadas sus vidas por estas verdades? Lejos de paralizarlos, las doctrinas de la gracia inflamaron sus corazones con un temor reverente hacia Dios, y humillaron sus almas ante Su trono. Además, las verdades de la gracia soberana animaron a estos hombres a promover la causa de Cristo sobre la tierra. Este hecho no debería sorprendernos, pues la historia revela que aquellos que abrazan estas verdades reciben con ellas una confianza extraordinaria en su Dios. Al tener una visión engrandecida de Él, se levantaron y pusieron manos a la obra, logrando grandes cosas y dejando un ejemplo piadoso para las próximas generaciones. La experiencia de las doctrinas de la gracia renovaba sus almas y les capacitaba para servir a Dios cuando Él les llamaba a hacerlo.

El propósito de la serie *Un gran legado de héroes de la fe* es destacar figuras clave de este ejército de hombres que proclamaban la gracia soberana; es explorar la manera en que estas figuras usaron sus dones y habilidades dados por Dios para la expansión del reino de los cielos. Su fidelidad y compromiso con Cristo es lo que hace que sus ejemplos de vida sean dignos de imitar hoy en día.

Este volumen, escrito por mi buen amigo Sinclair Ferguson, se centra en el hombre considerado como el más grande entre los teólogos puritanos ingleses: John Owen. La monumental vida de Owen estuvo marcada por sus logros intelectuales superiores. Llegó a ser pastor, capellán de Oliver Cromwell y vicerrector de la Universidad de Oxford. Su obra más influyente, *The Death of Death in the Death of Christ* [*La muerte de la muerte en la muerte de Cristo*] (1647), escrita cuando Owen tenía solo treinta años, es una extensa reflexión sobre la vida intratrinitaria de Dios en la encarnación y expiación de Jesucristo. Este volumen seminal lanzó a Owen en un camino de meditación y reflexión trinitaria. Dejó ricos tratados y sermones sobre la comunión trinitaria que un cristiano puede disfrutar con el

Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Quizás ningún otro teólogo inglés haya dedicado más tiempo a la contemplación de la eterna Deidad. El estudio de Owen produjo una celosa pasión por el evangelio y la devoción a Cristo. John Owen es una figura imponente, eminentemente digna de ser presentada en esta serie.

Que el Señor utilice este libro para levantar una nueva generación de creyentes que lleven el mensaje del evangelio a este mundo. Que a través de este retrato, sean fortalecidos para caminar de una manera digna de su llamado. Que sean celosos en su devoción al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, para la gloria de Su nombre y el avance de Su reino.

¡Soli Deo gloria!

— **Steven J. Lawson**, editor de la serie

El mayor privilegio del cristiano

Agradezco a mi amigo Steve Lawson por su invitación a contribuir a la serie *Un gran legado de héroes de la fe*, que él ideó y sigue editando. La palabra *invitación* es quizás demasiado débil para describir su deseo de que esta excelente serie contenga un volumen sobre John Owen. Sospecho que él sabía que, para mí, escribir sobre Owen sería una experiencia personal. Le estoy profundamente agradecido por su insistencia, estímulo y amistad. Escribir *La devoción trinitaria de John Owen* me ha llevado a reflexionar una vez más sobre la vida y el ministerio de un hombre verdaderamente grande y piadoso, con el que tengo una enorme deuda personal.

John Owen vivió de 1616 a 1683. Muchas de sus obras se publicaron durante su vida y otras se publicaron poco después. En el siglo diecinueve aparecieron dos colecciones diferentes de sus escritos. Pero a mediados del siglo veinte, tanto su nombre como sus libros habían caído casi en el olvido.

En la providencia de Dios, los libros titulados *Works* [*Obras*] de Owen empezaron a reeditarse en 1965. Por aquel entonces, yo acababa de cumplir diecisiete años y estaba en mi primer año de

universidad. Los gastos de estudios y de alojamiento, entre otros, estaban cubiertos por becas y —felices días aquellos— aun quedaba dinero para comprar libros. Se podían comprar ejemplares ligeramente dañados de los enormes volúmenes de *Works* [*Obras*] de Owen (tienen un promedio de seiscientas páginas cada uno) por el equivalente de más o menos un dólar cada uno. Los compré uno por uno, a veces de dos en dos, hasta que tuve la colección completa.

Y empecé a leer.

El estilo de Owen suele considerarse notoriamente difícil. El latín era prácticamente su primer idioma. Su educación fue en latín; dio conferencias en latín; escribió en latín. Probablemente soñaba en latín. No es de extrañar que su estilo inglés sea muy latinizado.

Sin embargo, mientras escribía este libro, me di cuenta de que la providencia de Dios ya me había preparado para continuar leyendo. Cuando estaba a punto de recibir una educación universitaria, me sentía muy inseguro sobre qué esperar, o si un título universitario estaba siquiera dentro de mis posibilidades intelectuales. Que yo supiera, nadie de mi familia había ido a la universidad. En aquella época, las plazas eran escasas. Para mis padres, que habían abandonado la escuela en su adolescencia, los estudios universitarios habrían estado más allá de sus aspiraciones más descabelladas. Pero estaban profundamente comprometidos con animar a sus hijos en comprender la importancia de la educación. Que yo recuerde, no se discutió si íbamos a estudiar latín o no. Era una clave para la educación posterior y, por lo tanto, no era negociable. Poco podían imaginar mi padre y mi madre que la orientación dada a su hijo de once años le facilitaría mucho, unos seis años más tarde, la lectura del más grande, aunque posiblemente el más difícil, de todos los teólogos ingleses del siglo diecisiete.

Y así seguí leyendo. Por supuesto, algunas de las obras de Owen me interesaban más que otras. Pero además, algunas de ellas contenían material que probablemente había sido predicado por primera vez a estudiantes universitarios de mi edad. Owen hizo crecer mi mente, analizó mi alma, me enseñó la devoción teológica y me recetó medicina espiritual. Teológica y pastoralmente, me ayudó a dar forma a lo que yo pensaba que un ministro del evangelio debía saber, creer y predicar. Me enseñó a pensar en el evangelio y en su aplicación.

El asistente de Owen, David Clarkson (que no era un mal teólogo), dijo en su sermón fúnebre: “No hace falta que diga a los que lo conocieron que su gran propósito era promover la santidad en la vida y el ejercicio de esta entre ustedes”. Así como los escritos de Owen habían hecho eso por otros, también lo hicieron por mí, animándome a pensar y vivir para la gloria de Dios.

Así, este académico y ministro de Oxford del siglo diecisiete ha sido una de las influencias más importantes en mi vida. Estoy profundamente agradecido por él y por la forma en que utilizó sus dones para servir a la iglesia de Cristo en los estresantes días en que vivió. Seguramente nunca pudo soñar que, tres siglos después de su muerte, su obra alimentaría a un adolescente que esperaba seguir su ejemplo y convertirse en ministro del evangelio de Jesucristo.

De este modo, aunque no sea inmediatamente evidente para los lectores de las siguientes páginas, el Dr. Lawson acertó al pensar que este pequeño libro significaría algo muy personal para mí. Porque me da el privilegio de presentar a Owen a algunos que quizá nunca hayan oído su nombre, y mucho menos leído sus obras. En particular, me da la oportunidad de decir algo sobre la enorme importancia y relevancia de un tema central de su teología. Creo que este tema puede resumirse de la siguiente manera.

No hay nada en todo el mundo más importante que estas verdades:

(1) Dios es Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esto es un gran misterio, porque nosotros no somos Dios y no podemos comprender plenamente el puro, maravilloso y glorioso misterio de Su ser. Pero podemos comenzar a comprenderlo, y aprender a amarlo y adorarlo.

(2) Si eres cristiano, es por el pensamiento y la acción amorosa de cada persona de la Trinidad. El Padre, junto con el Hijo y el Espíritu, lo planearon antes de la fundación del mundo; el Hijo vino a pagar el precio de tu redención y, apoyado por el Espíritu Santo, se hizo obediente a Su Padre en tu lugar, tanto en Su vida como en Su muerte, para traerte la justificación ante Dios; y ahora, por la poderosa obra del Espíritu Santo enviado tanto por el Padre como por el Hijo, has sido traído a la fe.

(3) El mayor privilegio que cualquiera de nosotros puede tener es este: podemos conocer a Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Podemos disfrutar de un compañerismo —lo que Owen llama “comunidad”— con Dios. Este conocimiento es tan rico, amplio, profundo, extenso y elevado como lo son las tres personas de Dios. Conocerlo y tener comunión con Él es todo un mundo de conocimiento, confianza, amor, gozo, comunión, placer y satisfacción sin fin.

Esto es lo que John Owen quería que los cristianos conocieran.

La devoción trinitaria de John Owen es solo un punto de partida para explicar lo que todo esto significa. Pero espero que sea un comienzo sin final.

Todo autor es un deudor. Además de mi deuda con Steve Lawson por su invitación, estoy agradecido al maravilloso personal de Ligonier Ministries y Reformation Trust por su estímulo y apoyo.

De manera especial, quiero expresar mi agradecimiento a mi esposa, Dorothy. Nos conocimos el mismo año en que conocí *The Works of John Owen* [*Las obras de John Owen*]. Dondequiera que hayamos ido, Owen ha venido con nosotros. A menudo he visto en ella lo que Owen enseñaba sobre los “retornos” del cristiano al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en una vida vivida en devoción práctica a Él. Estas páginas proceden de este contexto de su fidelidad hacia mí y de su amor por nuestra familia. Oro para que puedan estimular en ti una experiencia más rica de la devoción trinitaria que John Owen probó y enseñó.

— **Sinclair B. Ferguson**
Carnoustie, Escocia

Pastor y teólogo

Un pastor, un erudito, un santo de primera magnitud; la santidad dio un brillo divino a sus otros logros, brilló en toda su trayectoria y se extendió en toda su conversación.

— DAVID CLARKSON,
SERMÓN FUNERAL EN HONOR A JOHN OWEN,
4 DE SEPTIEMBRE DE 1683

El año de su nacimiento —1616— fue el de la muerte de William Shakespeare.

Cuando solo tenía treinta y tres años, predicó ante el Parlamento inglés. No era la primera vez, pero en esta ocasión, el rey Carlos I de Inglaterra y Escocia había sido ejecutado públicamente menos de veinticuatro horas antes.

A los treinta y seis años, fue nombrado vicerrector de la Universidad de Oxford (en otras palabras, presidente) por el general inglés y futuro Lord Protector [jefe de estado] Oliver Cromwell.

En 1662, junto con otros dos mil ministros, fue expulsado de la Iglesia de Inglaterra por negarse a utilizar el Libro de oración común en los servicios religiosos.

A partir de entonces, bajo la amenaza de ser arrestado, ejerció como pastor de congregaciones no conformistas. Durante el último periodo de su vida, fue pastor de una congregación en Londres.

Murió en 1683, dejando tras de sí un legado de escritos que ahora ocupan veinticuatro grandes volúmenes de un promedio de seiscientas páginas cada uno.

Su nombre era John Owen. En su época, fue el mayor teólogo vivo de Inglaterra. Ahora, más de trescientos años después de su muerte, muchos todavía lo consideran como tal. Pero, ¿quién era?

LOS PRIMEROS AÑOS DE VIDA

John Owen nació en Stadham (actualmente Stadhampton), a unos quince kilómetros al sureste de Oxford. Su padre, Henry, era el ministro de la congregación local. Tenía un hermano mayor, William (que también llegó a ser ministro), y dos hermanos menores, Henry (que entró en el ejército) y Philemon (que fue asesinado mientras cumplía su servicio militar en Irlanda en 1649), una hermana, Hester, y otra hermana cuyo nombre se desconoce.

Los Owen eran una familia puritana. “Me crie desde mi infancia bajo el cuidado de mi padre”, escribió Owen, “quien fue un no conformista todos sus días, y un trabajador esforzado en la viña del Señor”.

Los estudiosos han debatido durante mucho tiempo lo que constituye un “puritano”. El término describe una gran variedad de individuos, desde anglicanos que simplemente querían ver a la Iglesia de Inglaterra purificada de algunos de sus rasgos no bíblicos

hasta individuos que, en su oposición a la Iglesia de Inglaterra, se situaban al margen de la ortodoxia cristiana. Henry Owen, al igual que su hijo John, se situaba en la corriente principal de la ortodoxia bíblica y quizás solo le preocupaba que se siguieran las directrices bíblicas en el culto y el gobierno de la iglesia. En cualquier caso, fue un fiel ministro del evangelio y padre. Como Calvino dijo de Timoteo, también podríamos decir de Owen: “fue amamantado en la piedad con la leche de su madre”.

Después de haber recibido una educación temprana de su padre, cuando tenía unos diez años, gracias a un tío generoso, tanto él como su hermano mayor, William, fueron enviados a una pequeña escuela en Oxford a prepararse para el ingreso en el Queen's College de la Universidad de Oxford.

En el siglo diecisiete, los estudiantes de Oxford eran, en general, caballeros o eruditos, pero rara vez ambos. En muchos sentidos, la universidad servía como una especie de escuela de acabado educativo para las clases altas, muchas de las cuales no se presentaban a exámenes ni se graduaban. Owen, sin embargo, entró en la universidad con la intención de estudiar, y se graduó como bachiller en artes junto a su hermano en 1632, a la edad de quince o dieciséis años. En esencia, el título de bachiller era solo preparatorio para los estudios de maestría que siguieron. En 1635 se graduó con una maestría en artes.

La educación de Owen fue clásica: lógica, filosofía, matemáticas, historia antigua, astronomía, griego y hebreo. El latín era la lengua franca del mundo académico (desde los sermones universitarios hasta las conferencias y los debates). En este contexto, no es de extrañar que Owen tuviera tanta facilidad para el latín como para el inglés; de hecho, quizás más, ya que gran parte de su inglés escrito apenas oculta sus profundas influencias latinas.

Está claro que Owen se benefició enormemente de sus estudios. Tuvo un tutor académico extraordinariamente capaz en Thomas Barlow. Y no descuidó la máxima latina *mens sana in corpore sano* (una mente sana en un cuerpo sano). Corría, lanzaba jabalina y le gustaba tocar la flauta (más tarde nombró a su maestro Thomas Wilson para la cátedra de música de la universidad). Claramente, era un estudiante serio, y se disciplinaba hasta el punto de que a menudo solo dormía cuatro horas.

Al graduarse, la intención de Owen era dedicarse a los prolongados estudios necesarios para obtener la licenciatura en divinidad (entonces un programa de siete años). Pero la Universidad de Oxford había caído bajo influencias ajenas a los antecedentes puritanos de Owen. William Laud había sido nombrado canciller de la universidad en 1630, camino de convertirse en arzobispo de Canterbury unos tres años después. El rey Carlos I de Inglaterra y Escocia ya había prohibido los debates sobre los temas calvinistas de la elección y la predestinación, y Laud siguió moldeando el *ethos* de la vida universitaria según el catolicismo e introduciendo nuevamente la alta liturgia en el culto de la capilla, todo ello mezclado con la teología arminiana.

Las señales no parecían propicias para un estudiante puritano de divinidad y, tras otros dos años de estudio, Owen se marchó para convertirse en capellán y tutor de la familia en la casa de Sir Robert Dormer en Ascot, aceptando poco después un puesto similar en la casa de Lord Lovelace en Hurley. Aquí, al parecer, sus obligaciones no eran onerosas y tenía tiempo libre para continuar sus estudios. Lord Lovelace, sin embargo, era partidario del rey en el conflicto de la construcción con el Parlamento, y en 1642 Owen pasó a residir en Londres.

NUEVOS COMIENZOS

El año en que Owen llegó a Londres, estalló la Guerra Civil Inglesa. Ahora en la capital, Owen pudo seguir de primera mano los acontecimientos cruciales de la época. Sin embargo, lo más importante fue una experiencia más personal que iba a cambiar su vida permanentemente.

De acuerdo con todos los testimonios, Owen se convirtió en una persona cálida y agradable. Pero rara vez se delata en sus escritos. Si escribió diarios, como hacían muchos puritanos, es de suponer que los destruyó antes de morir. Pero lo que parece claro en esta etapa de su vida —tenía entonces unos veinte años— es que, aunque estaba comprometido con los principios puritanos, no tenía la certeza de pertenecer a Cristo. En ocasiones, en sus obras publicadas, da indicios apenas velados de que experimentaba una profunda angustia espiritual.

Un domingo de 1642, fue con su primo a escuchar al célebre ministro presbiteriano Edmund Calamy predicar en St. Mary's, Aldermanbury. Pero Calamy no pudo predicar y su sustituto fue un ministro poco conocido. A pesar de la insistencia de su primo, Owen no tenía ganas de ir a otro sitio. Como resultado, escuchó un sermón sobre las palabras de Cristo a los discípulos después de calmar la tormenta: “¿Por qué tienen miedo, hombres de poca fe?” (Mt 8:26). Inmediatamente fue situado en un nuevo sentir de paz y seguridad. La imagen del texto, como veremos, resonará más tarde en sus escritos.

Más tarde, ese mismo año, comenzó su carrera como autor con la publicación de una obra polémica: *A Display of Arminianism* [Una exposición del arminianismo]. El libro estaba dedicado al Comité de Religión, que había comenzado su trabajo como una especie de guardián teológico dos años antes. Por su parte, el comité

lo nombró al año siguiente para servir a la iglesia de Fordham, en Essex.

Ya establecido en el ministerio pastoral, Owen conoció y se casó con Mary Rooke, que le daría once hijos, de los cuales solo uno sobrevivió hasta la edad adulta. En 1646, sin embargo, su ministerio en Fordham llegó a su fin. Su nombramiento original había sido el resultado del secuestro del anterior titular. Ahora el nombramiento de su sucesor revirtió al patrón original (y no puritano).

Pero John Owen ya había llamado la atención del público. Recientemente había sido invitado a predicar ante el Parlamento. Ahora fue designado para servir a la congregación de St. Peter's, Coggeshall, también en el condado de Essex. Esta era una gran congregación que recientemente había disfrutado del distinguido ministerio de Obadiah Sedgwick. Aquí, Owen ministró dentro de la iglesia parroquial y también reunió una hermandad según las líneas congregacionalistas. Su pensamiento se había desarrollado a partir de la perspectiva más presbiteriana que había adoptado anteriormente cuando había escrito *The Duty of Pastors and People Distinguished* [*El deber de los pastores y las personas distinguidas*] para su congregación de Fordham.

Owen empleaba un principio sabio y bueno siempre que reflexionaba sobre cualquier cuestión controversial: estudiaba la exposición más fuerte y mejor del punto de vista al que se oponía. En el caso del gobierno de la iglesia, leyó el libro del congregacionista John Cotton *The Keyes of the Kingdom of Heaven* [*Las llaves del reino de los cielos*] y le convenció. Se han debatido sus puntos de vista precisos en su vida posterior, pero todo indica que mantenía algo así como una forma flexible de presbiterianismo-congregacionalismo que reconocía que una congregación es la iglesia en un lugar

concreto, pero que, como tal, consultaba sabiamente con otras congregaciones en asuntos de interés o preocupación común.

ENTRADA EN EL ESCENARIO NACIONAL

A medida que los acontecimientos de la Guerra Civil empezaban a avanzar inexorablemente hacia su clímax, Owen se vio aún más envuelto en la vida nacional. Al mismo tiempo, su carrera comenzó a cruzarse con la de Oliver Cromwell, el carismático general que más tarde gobernaría como Lord Protector [jefe de estado] de la Mancomunidad de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

En el verano de 1648, la cercana ciudad de Colchester estaba sitiada por el general Thomas Fairfax y el Nuevo Ejército Modelo de los parlamentarios. Owen fue invitado a predicar a las tropas y se convirtió en amigo personal de algunos de los oficiales, incluido Henry Ireton, yerno de Cromwell. Paso a paso, Owen se fue convirtiendo en una figura pública.

Al año siguiente, como hemos visto, predicó ante el Parlamento al día siguiente de la ejecución de Carlos I de Inglaterra y Escocia. En lugar de dedicarse al triunfalismo, Owen predicó sobre el llamamiento a la humildad y la perseverancia ante el sufrimiento. Tres meses después de esa trascendental ocasión, fue invitado a predicar ante el Parlamento una vez más, y Cromwell estaba en la congregación.

Al día siguiente, Owen visitó la casa del general Fairfax. Mientras Owen esperaba ser atendido, llegaron Cromwell y varios de sus oficiales. Al reconocer a Owen, Cromwell le puso la mano en el hombro y le dijo: “Señor, usted es el hombre que debo conocer”. La respuesta de Owen (que pensó rápidamente) fue: “¡Eso será mucho más ventajoso para mí que para usted!”. “¡Pronto lo veremos!”.

replicó Cromwell. Inmediatamente invitó a Owen a reunirse con él en Irlanda y a servir como su capellán y como visitante del Trinity College de Dublín. El hermano menor de Owen, Philemon, ya servía en el ejército y le convenció para que aceptara el reto.

Así, Owen acompañó a unos doce mil soldados que cantaban salmos en el New Model Army. Cromwell sitió la ciudad de Drogheda, en Irlanda, que se había convertido en el foco de resistencia de la oposición monárquica. Cuando esta se negó a aceptar los términos de la rendición, el ejército de Cromwell no tuvo piedad y tomó la ciudad. Los estudiantes de historia han discutido y debatido desde entonces tanto el número de víctimas civiles como la ética de la acción de Cromwell. Es casi seguro que Owen no fue testigo presencial del acontecimiento, pero su íntimo conocimiento del mismo le impulsó a una gran elocuencia y a un apasionado llamamiento cuando predicó ante el Parlamento a su regreso:

¿Cómo es que Jesucristo está en Irlanda solo como un *león que mancha todas sus vestiduras con la sangre de sus enemigos*, y nadie lo presenta como un *cordero rociado con su propia sangre a sus amigos*?

Suplicó a los miembros del Parlamento, que los irlandeses puedan disfrutar de Irlanda mientras dure la luna, para que Jesucristo posea a los irlandeses... Quisiera que por el momento hubiera un predicador del evangelio por cada ciudad amurallada en posesión inglesa en Irlanda. La tierra se lamenta, y el pueblo perece por falta de conocimiento... Las lágrimas y los gritos de los habitantes de Dublín tras las manifestaciones de Cristo están siempre a mi vista.

Más tarde, en 1649, Owen se convirtió en predicador oficial en el Palacio de Whitehall, y al año siguiente volvió a estar con

Cromwell, esta vez en una expedición al norte de la frontera para someter a los escoceses. Aquí Owen predicó y debatió repetidamente —en una ocasión, según la tradición local, se encontró al menos igualado, si no superado en el debate, por el brillante joven teólogo y ministro Hugh Binning. Cromwell quedó lo suficientemente impresionado como para preguntarle su nombre, y al descubrir que era “Binning” (que puede haberse pronunciado más bien “Bunning”), comentó con un agudo juego de palabras: “Ciertamente ha atado bien” y luego, poniendo la mano en la espada, añadió: “¡Pero esto lo soltará todo de nuevo!”.

OXFORD Y CROMWELL – OTRA VEZ

En 1651, Owen se convirtió en decano de Christ Church, Oxford, y en septiembre del año siguiente (en contra de los deseos personales de Owen), Cromwell lo nombró vicerrector de la universidad (jefe ejecutivo de la universidad). Predicaba regularmente en su universidad y también en domingos alternos con su amigo Thomas Goodwin en la iglesia de St. Mary. Cuando no predicaba en St. Mary, parece haber predicado ante amigos conocidos en Stadham.

Es a una serie de sermones de esta época a la que debemos uno de los libros por los que Owen es más conocido hoy en día, *On the Mortification of Sin* [La mortificación del pecado]. Al leer este libro de bolsillo por primera vez, la mayoría de los cristianos contemporáneos se quedan con la sensación de no haber leído nunca nada parecido. Esa impresión se profundiza al darse cuenta de que el profundo análisis espiritual de Owen es simplemente la versión editada de los mensajes que había predicado a una congregación compuesta, en gran medida, por estudiantes adolescentes. Quizás los recuerdos de sus propias luchas espirituales anteriores subrayaron para él lo

importante que es echar profundas raíces en esta verdad lo antes posible. Hay pocas cosas más importantes en la vida cristiana que aprender a vencer el pecado.

Todos tenemos en nuestra mente una imagen de un puritano. A menudo es una imagen distorsionada. Al parecer, Owen no se asemejaba a esa oscura representación errónea. De hecho, la caricatura contemporánea de él, por muy exagerada que haya sido por parte de sus enemigos, en realidad lo degradaba al dibujarlo con colores brillantes. Según la famosa descripción de Anthony Wood, él en lugar de ser un ejemplo serio para la Universidad, despreciaba toda formalidad, infravaloraba su cargo yendo a la moda como un joven erudito, con su cabello engominado, lazos con borlas, bandas, un conjunto muy grande de cintas que apuntaban a sus rodillas, y botas de cuero español con grandes tapas, y su sombrero con un ala ancha y rígida vuelta hacia arriba.

Sin embargo, incluso Wood se vio obligado a reconocer, sin duda con un toque de cinismo:

Su persona era correcta y atractiva y tenía un comportamiento muy elegante en el púlpito, una dicción elocuente, una conducta ganadora e inspiradora, y podía, mediante la persuasión de su oratoria... conmover y ganarse el afecto de su admirado auditorio casi a su gusto.

Oxford se encontraba en un estado de desorden al final de la Guerra Civil. Cinco de los colegios estaban abandonados; algunos se habían utilizado en gran medida para acuartelar a personal militar. Owen se refirió a “las despreciadas lágrimas y sollozos de nuestra casi moribunda madre, la Universidad”. Pero su administración trajo nueva vida a la institución, nuevos y distinguidos miembros

del profesorado, y un periodo en el que una variedad de influyentes estudiantes pasarían por sus pasillos de enseñanza.

Al parecer, lo que más lamenta de su década en el mundo académico es que su producción literaria no haya sido mayor. Sin embargo, fue durante esta época cuando publicó varias de sus obras más sustanciales, entre ellas: *The Doctrine of the Saints' Perseverance* [*La doctrina de la perseverancia de los santos*] (1654) —en esencia, una reseña del tratado arminiano *Redemption Redeemed* [*La redención redimida*] de John Goodwin, pero que se extiende a unas 666 páginas en la edición de Goold de sus *Works* [*Obras*]. En un flujo constante de producción literaria, siguió su defensa del cristianismo ortodoxo contra el socinianismo en *Vindiciae Evangelicae* (que dedicó a Cromwell, 1655), *Of the Mortification of Sin in Believers* [*Sobre la mortificación del pecado en la vida de los creyentes*] (1656), *Of Communion with God the Father, Son and Holy Ghost* [*Sobre la comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo*] (1657), *Of Schism* [*Sobre las divisiones*] (1657) y *Of Temptation: The Nature and Power of It* [*Sobre la tentación: la naturaleza y el poder de la misma*] (1658). También debió haber estado trabajando en su extensa obra en latín *Theologoumena Pantodapa* (*Teología de todo tipo*, 1661).

Las razones por las que se consideraba a sí mismo como una persona que lograba menos literatura de la que podía no era la pereza o la indiferencia. Como él mismo insinuó, gran parte de su tiempo lo dedicaba a asuntos de Estado. No solo fue llamado a predicar ante el Parlamento y en otras ocasiones cívicas, sino que también sirvió como uno de los “evaluadores” encargados de valorar la aptitud para el ministerio del evangelio y fue consultado frecuentemente tanto por políticos como por pastores, y por Cromwell en particular, sobre asuntos de importancia nacional y eclesiástica. Sirvió de diversas maneras como “mediador y apaga fuegos”.

Sin embargo, la estrella de Owen como vicescanciller no tardaría en decaer. El Parlamento, que tantas esperanzas le había dado de una nación dirigida por líderes genuinamente cristianos y reformados, se había vuelto, en su opinión, espiritualmente tibio.

En particular, Owen estaba profundamente preocupado y se oponía a las propuestas que se ventilaban en 1657 de que Cromwell se convirtiera en rey. A Cromwell se le ofreció el trono el 31 de marzo y luchó con la decisión durante varias semanas. A principios de mayo, parecía estar a punto de aceptarlo cuando su yerno Charles Fleetwood, Thomas Pride (que había firmado la sentencia de muerte de Carlos I de Inglaterra y Escocia) y otros se dirigieron a él personalmente con sus objeciones. Llamaron a Owen para que redactara una petición oponiéndose a su entronización, y Cromwell declinó inmediatamente el trono. Esto marcó el fin de cualquier aspiración real que pudiera tener Cromwell. También marcó el fin de la facilidad de Owen para acceder a él y de su influencia. Más de una década después, Owen fue atacado personalmente por el ministro anglicano George Vernon en *A Letter to a Friend concerning some of Dr Owen's Principles and Practices* [*Carta a un amigo sobre algunos principios y prácticas del Dr Owen*] (1670). Acusado de haber prometido a Cromwell durante su última enfermedad que sería resucitado, Owen respondió: “No lo vi en su enfermedad, ni mucho antes”. Aunque no participó en la investidura de Cromwell como Lord Protector [jefe de estado], sí parece haber tenido alguna participación en los servicios funerales de Cromwell.

Así, el liderazgo de Owen en la universidad en su totalidad llegó a su fin en 1657, aunque permaneció como decano de Christ Church hasta la restauración de la monarquía en 1660.

A pesar de sus diferencias con el Lord Protector [jefe de estado], el discurso de Owen con motivo de la elección del hijo de Cromwell, Richard, para el cargo de rector de Oxford abunda en cortesía:

No hay necesidad de explayarse ahora sobre sus méritos [de Oliver Cromwell] o de relatar sus benefactores cuando todos están ansiosos por reconocer su deuda con él por todas sus bendiciones... Por lo tanto, es deliberado que me abstenga aquí de dar cualquier valoración formal del más sabio y más valiente de todos los hombres que esta época, rica en héroes, ha producido. Sea cual sea la dirección que tome finalmente Inglaterra, quedará constancia de que tuvo un gobernante que llevaba la gloria de esta isla y el respeto a la religión cerca de su corazón.

George Vernon también acusó a Owen de “ser el instrumento en la ruina del hijo [de Oliver Cromwell]” y en el fracaso del Protectorado en el que siguió a su padre. Owen estaba ciertamente cerca de un grupo de hombres que compartían el deseo común de una república en lugar de un Protectorado (descrito en su colectivo como “el Grupo de Wallingford House” por su lugar de reunión), pero negó la acusación: “con cuyo establecimiento y derribo [de Richard Cromwell] no tuve más que ver que él mismo”.

En octubre de 1658, durante sus años finales en Oxford, Owen participó en una reunión de representantes de un centenar de iglesias independientes en el palacio de Savoy de Londres. Aquí, como expresión de unidad doctrinal —y hasta cierto punto como defensa contra la crítica a menudo expresada de que la Independencia, al abogar por el control local de las congregaciones y rechazar las jerarquías eclesiásticas, era una forma de sectarismo que hería a la iglesia de

Cristo— los independientes redactaron una declaración de fe con un largo prefacio probablemente escrito en gran parte por Owen.

En gran medida, La declaración de fe y orden de Savoy adopta el texto de La confesión de fe de Westminster de 1647. Sus cambios más sustanciales fueron en su discusión sobre el arrepentimiento (capítulo 15); la adición de un capítulo 20 completamente nuevo: “Of the Gospel, and of the extent of the Grace thereof” [“Sobre el evangelio y de la extensión de la gracia del mismo”]; una nueva redacción de toda una sección sobre los límites de la autoridad del magistrado con respecto a la iglesia (capítulo 24, sección 3), y una nueva redacción de las secciones 2 y 5 en el capítulo sobre la iglesia (capítulo 26).

Quizás el cambio más interesante en relación con nuestro tema es la forma en que el capítulo 2, “Of God and the Holy Trinity” [“Sobre Dios y la Santa Trinidad”], fue revisado para concluir con estas palabras adicionales, que expresan, como veremos, una profunda convicción oweniana: “La doctrina de la Trinidad es el fundamento de toda nuestra comunión con Dios y nuestra cómoda dependencia de él”.

LA RESTAURACIÓN Y LA EXPULSIÓN

Tras la ejecución de Carlos I de Inglaterra y Escocia, el Parlamento abolió la monarquía y declaró a Inglaterra como una Mancomunidad de Naciones. Pero después de que Richard Cromwell no continuara con el éxito de su padre como Lord Protector [jefe de estado], el Parlamento lo destituyó y restauró la monarquía en 1660. El rey Carlos II de Inglaterra, hijo del rey que el Parlamento había ejecutado, fue coronado el 23 de abril de 1661 en la Abadía de Westminster.

La Restauración marcó el comienzo de tiempos difíciles para Owen y sus compañeros no conformistas. Se puso en marcha un nuevo acuerdo religioso, respaldado por las leyes del Código Clarendon, que imponía fuertes restricciones a los no conformistas:

- La Ley de la Corporación de 1661 prohibía a los no conformistas ocupar cargos civiles.
- La Ley de Uniformidad de 1662 los excluyó de los cargos eclesiásticos. Esta ley condujo a la expulsión de unos dos mil ministros de la Iglesia de Inglaterra, un acontecimiento conocido como la Gran Expulsión.
- La Ley de Convenios de 1662 hizo ilegales las reuniones de los no conformistas.
- La Ley de las Cinco Millas de 1665 prohibió a los ministros no conformistas vivir en un radio de ocho kilómetros de cualquier lugar en el que hubieran ejercido su ministerio.

Owen se negó a conformarse y, por tanto, su servicio a la Universidad de Oxford llegó a su fin. Se retiró a su pequeña finca en Stadhampton y trató de seguir ministrando a grupos de creyentes reunidos allí y en otros lugares, contraviniendo la ley. No le faltaron oportunidades para conformarse (es posible que le ofrecieran un obispado) o para servir en otros lugares (fue invitado a seguir a John Cotton en la Primera Iglesia Congregacional de Boston, Massachusetts). Permaneció junto a otros que sufrieron por su convicción. Aunque no estaba expuesto a las mismas privaciones que algunos de sus hermanos, Owen y su familia sí parecen haberse trasladado de una casa a otra en la que serían huéspedes protegidos. Para un hombre que se había movido con facilidad en los pasillos del poder, estos debieron ser días de profunda humillación.

En 1665, Inglaterra sufrió el brote de peste más grave desde que la peste negra asoló Europa en el siglo catorce. En Londres murió alrededor del quince por ciento de la población, incluyendo más de siete mil en una semana fatídica. La peste terminó finalmente en 1666, que fue también el año del Gran Incendio de Londres. Muchos pensaron que estos acontecimientos eran un juicio divino por el trato dado a los no conformistas. En cualquier caso, Owen se unió a muchos de sus hermanos puritanos para atender a los necesitados de la ciudad. Aprovechó esta oportunidad para abogar por la tolerancia en sus obras *Indulgence and Toleration Considered* [*Una consideración de la indulgencia y la tolerancia*] y *A Peace Offering* [*Ofrenda de paz*] (ambas publicadas en 1667). Siguió trabajando entre bastidores para asegurar la ayuda a sus compañeros independientes. De hecho, en una ocasión, se vio obligado a defender sus acciones tras recibir una considerable suma de dinero del duque de York (un católico romano) para aliviar las privaciones que sufrían los disidentes. Aunque fue detenido o estuvo a punto de serlo en varias ocasiones, nunca fue encarcelado.

Owen conoció y estimó mucho al sufrido “calderero-predicador” John Bunyan, y de hecho parece haber sido el intermediario que hizo los arreglos para que su propio editor, Nathaniel Ponder, publicara la gran obra de Bunyan *El progreso del peregrino*. Según los biógrafos tanto de Bunyan como de Owen, el rey le preguntó una vez a Owen por qué apreciaba tanto a un calderero inculto como Bunyan, a lo que él respondió: “Si pudiera poseer las habilidades del calderero para predicar, por favor, su majestad, renunciaría con gusto a todo mi aprendizaje”.

FIEL HASTA EL FINAL

En 1673, la pequeña congregación a la que Owen ministraba en privado se unió a la comunidad eclesiástica de la que había sido pastor el teólogo de Westminster Joseph Caryl. Durante esta última década de vida, Owen dedicaría su tiempo a escribir, predicar y dar consejos. Su primera esposa, Mary, murió en 1675. Se casó de nuevo, dieciocho meses después, con Michel, la viuda de cierto Thomas D'Oyley. Su compañía debió llenar un gran vacío en su vida y al mismo tiempo le dio mucho consuelo en los días de continua enfermedad.

A lo largo de estos años, Owen sufrió de asma grave y cálculos biliares, y a veces estaba demasiado enfermo para predicar. Sin embargo, siguió publicando (casi dos docenas de artículos salieron de su pluma durante esta última década). Incluso en sus últimos meses, estaba trabajando en lo que a todas luces es una obra clásica de teología llena de sensibilidad espiritual y devoción personal, *Meditations and Discourses on the Glory of Christ* [*Meditaciones y disertaciones sobre la gloria de Cristo*].

Ningún relato de su vida, por breve que sea, estaría completo sin incluir una parte de la carta que escribió a su amigo Charles Fleetwood el día antes de su muerte, y una conversación que mantuvo con un colega a la mañana siguiente. A Fleetwood le escribió:

Voy a Aquel a quien mi alma ha amado, o mejor dicho, que me ha amado con amor eterno; lo cual es la base de todo mi consuelo. El paso es muy penoso y agotador por los fuertes dolores de varias clases que se emiten en una fiebre intermitente. Se han dispuesto todas las cosas para llevarme a Londres hoy, atendiendo a los consejos de mi médico, pero todos nos

hemos visto decepcionados por mi absoluta incapacidad para emprender el viaje.

Abandono la nave de la iglesia en medio de una tormenta, pero mientras el gran Capitán esté en ella, la pérdida de un pobre subalterno será insignificante. Vive y ora y espera y no desesperes; la promesa es invencible de que nunca te dejará ni te abandonará.

¡Qué oportuno que en casi sus últimas palabras grabadas aparezca una imagen final del texto que le había llevado a la seguridad de Cristo que ahora disfrutaba desde hacía tiempo!

Al día siguiente, confirmó su sensación de seguridad con una fuerza aún mayor cuando William Payne, un ministro de Saffron Waldon, le visitó para decirle que sus *Meditations on the Glory of Christ* [*Meditaciones sobre la gloria de Cristo*] se estaban imprimiendo en esa misma hora. La respuesta del moribundo Owen fue memorable: “Me alegro de oírlo; pero, ¡oh, hermano Payne! Por fin ha llegado el día tan deseado en el que veré esa gloria de una manera distinta a como lo he hecho o he sido capaz de hacerlo en este mundo”.

Al atardecer de ese día, el 24 de agosto de 1683, día de San Bartolomé —veintiún años después de la expulsión de dos mil ministros de la Iglesia de Inglaterra en 1662, y en el aniversario de la masacre del día de San Bartolomé de 1572, en la que fueron asesinados entre cinco mil y treinta mil protestantes franceses—, John Owen estaba con Cristo. El 4 de septiembre, seguido por una larga fila de carruajes majestuosos, su cuerpo fue llevado a Bunhill Fields, el cementerio no conformista que entonces estaba a las afueras de la ciudad de Londres. Allí, con los restos mortales de amigos y compañeros de trabajo en Cristo —John Bunyan, David Clarkson (que fue su asistente), su amigo Charles Fleetwood, y muchos otros—,

el polvo de John Owen, pastor del rebaño de Cristo, predicador del evangelio de Cristo, maestro de la iglesia universal de Cristo, espera la gloria de la resurrección.

No cabe duda de que, a pesar de su enorme intelecto y su prodigiosa disciplina (¿cómo puede un hombre escribir veinticuatro volúmenes utilizando materiales de escritura del siglo diecisiete?), el secreto de la vida de Owen no residía en sus dotes naturales, sino en su profunda devoción a Dios—Padre, Hijo y Espíritu Santo. Quizás el resumen de su vida que más se ajusta a sus propias aspiraciones se encuentra en estas palabras de una defensa del carácter y la obra de Owen, *Vindication of Owen by a Friendly Scrutiny* [*Reivindicación de Owen mediante un examen amistoso*]:

Su actitud general era seria, animada y discursiva, y sus expresiones no sabían nada de descontento, sino mucho del cielo y del amor a Cristo, a los santos y a todos los hombres; lo cual salía de él tan serio y espontáneamente, como si la gracia y la naturaleza estuvieran en él reconciliadas, y fueran una sola cosa.

Hasta hoy, las palabras del epitafio de Thomas Gilbert pueden encontrarse en su lápida:

*Et, missis Caeteris, Coluit ipse, Sensitque,
Beatam quam scripsit, cum Deo Communionem*

Y, con desprecio de otras cosas, acarició y experimentó esa bendita comunión con Dios de la que escribió.

¡Qué oportuno que en casi sus últimas palabras grabadas apareciera una imagen final del texto que le había llevado a la seguridad de Cristo que ahora disfrutaba desde hacía tiempo!

Al día siguiente, confirmó su sensación de seguridad con una fuerza aún mayor cuando William Payne, un ministro de Saffron Waldon, le visitó para decirle que sus *Meditations on the Glory of Christ* [*Meditaciones sobre la gloria de Cristo*] se estaban imprimiendo en esa misma hora. La respuesta del moribundo Owen fue memorable: “Me alegro de oírlo; pero, ¡oh, hermano Payne! Por fin ha llegado el día tan deseado en el que veré esa gloria de una manera distinta a como lo he hecho o he sido capaz de hacerlo en este mundo”.

Al atardecer de ese día, el 24 de agosto de 1683, día de San Bartolomé —veintiún años después de la expulsión de dos mil ministros de la Iglesia de Inglaterra en 1662, y en el aniversario de la masacre del día de San Bartolomé de 1572, en la que fueron asesinados entre cinco mil y treinta mil protestantes franceses—, John Owen estaba con Cristo. El 4 de septiembre, seguido por una larga fila de carruajes majestuosos, su cuerpo fue llevado a Bunhill Fields, el cementerio no conformista que entonces estaba a las afueras de la ciudad de Londres. Allí, con los restos mortales de amigos y compañeros de trabajo en Cristo —John Bunyan, David Clarkson (que fue su asistente), su amigo Charles Fleetwood, y muchos otros—, el polvo de John Owen, pastor del rebaño de Cristo, predicador del evangelio de Cristo, maestro de la iglesia universal de Cristo, espera la gloria de la resurrección.

No cabe duda de que, a pesar de su enorme intelecto y su prodigiosa disciplina (¿cómo puede un hombre escribir veinticuatro volúmenes utilizando materiales de escritura del siglo diecisiete?), el secreto de la vida de Owen no residía en sus dotes naturales, sino en su profunda devoción a Dios—Padre, Hijo y Espíritu Santo. Quizás

el resumen de su vida que más se ajusta a sus propias aspiraciones se encuentra en estas palabras de una defensa del carácter y la obra de Owen, *Vindication of Owen by a Friendly Scrutiny* [*Reivindicación de Owen mediante un examen amistoso*]:

Su actitud general era seria, animada y discursiva, y sus expresiones no sabían nada de descontento, sino mucho del cielo y del amor a Cristo, a los santos y a todos los hombres; lo cual salía de él tan seria y espontáneamente, como si la gracia y la naturaleza estuvieran en él reconciliadas, y fueran una sola cosa.

Hasta hoy, las palabras del epitafio de Thomas Gilbert pueden encontrarse en su lápida:

*Et, missis Caeteris, Coluit ipse, Sensitque,
Beatam quam scripsit, cum Deo Communionem*

Y, con desprecio de otras cosas, acarició y experimentó esa bendita comunión con Dios de la que escribió.

A la maravilla de este privilegio, y a la exposición única de Owen sobre el mismo, nos dirigimos ahora.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
La devoción trinitaria de John Owen.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2022 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!